

Homenaje al
camarada Narciso
Perales
(PALMA DE PLATA - FALANGISTA EJEMPLAR)
Madrid Verano
1986.

«POESIA QUE PROMETE»

Grupo poético literario falangista:

Información y pedidos publicaciones:
Apartado Correos 10.075 - MADRID

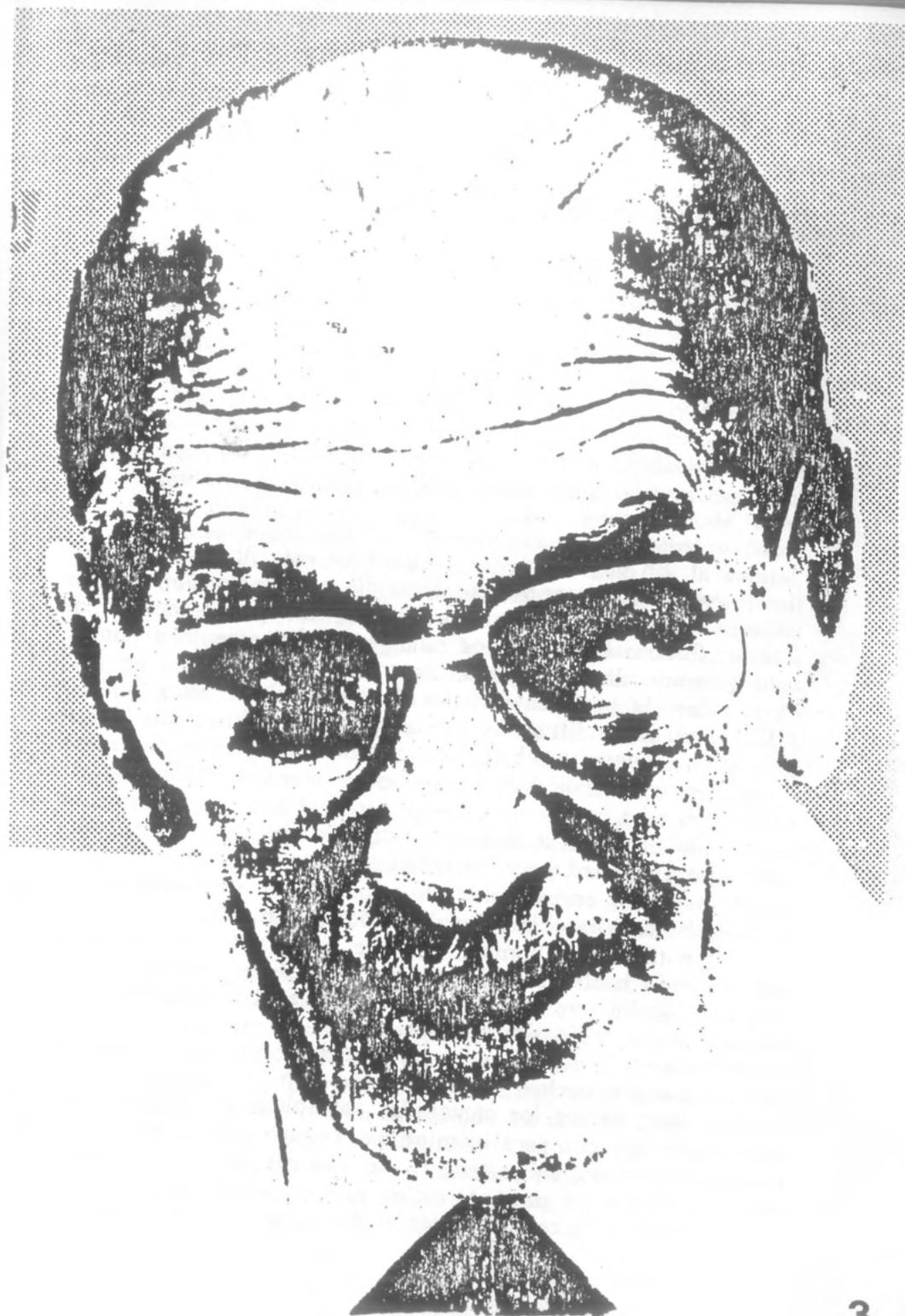
NARCISO PERALES



**DIONISIO Y LA
FALANGE**

Nacido en Granada, Narciso Perales llega a la Falange desde el primer momento de su fundación. Sus estudios de medicina los comparte con la audacia en la Universidad, en la calle, pensando en falangistas y actuando al servicio de la doctrina nacional sindicalista, que en aquellos momentos no hacía sino esbozarse. Gracias a él y a los primeros núcleos de estudiantes falangistas, la Falange crece en Andalucía espectacularmente. En la primavera del 35, José Antonio le concede la Palma de Plata, máxima condecoración falangista por su entrega en los momentos más difíciles a la causa de la Falange. En 1936 se encuentra mitineando en Palencia según nos relata David Jato en su libro «La rebelión de los estudiantes». Muy pronto se dará cuenta Narciso Perales de lo que se instalaba en 1939 en Esoña: un régimen que volvía a estar de nuevo en manos de los partidos de derechas, y con una oligarquía que se asentará definitivamente a principios de los 50. Se impone en esos momentos, como señala Perales, la táctica de forcejeo en el partido único creado por decreto por Franco, donde los primitivos falangistas supervivientes a la guerra tienen que enfrentarse (algunas veces con caídos en las filas falangistas) a los derechistas y a tantos farsantes que están profanando la camisa azul. En 1945, Perales aclara la diferencia ya radical entre Falange (el primitivo proyecto joseantoniano) y el Movimiento. Son años difíciles, donde se crean clandestinos proyectos para recuperar a la auténtica Falange Española de las JONS que había desaparecido el 19 de abril de 1937. Así existen la clandestina F.E.A., o la Alianza de los Sindicalistas. En los años 50, cuando la mentira y el olvido intentaban sepultar a la Falange, surgen nuevos intentos, todos ellos muy efímeros, no sólo por la férrea vigilancia del régimen que trata de evitar cualquier contestación desde las filas falangistas, sino por el descrédito en que se encuentra el simple nombre de Falange por la tergiversación realizada por el franquismo (apropiación de símbolos, lemas, mutilación doctrinal, etc...). Son los años 60 los que marcan definitivamente la lucha falangista contra la mentira que fue el régimen de Franco. Así, Narciso Perales está presente en el F.E.S. (Frente de Estudiantes Sindicalistas) que alcanza gran relieve en el mundo universitario, y que trata de recuperar la esencia de la Falange. En un intento de alcanzar mayor simpatía entre las filas revolucionarios, Perales forma el F.S.R. (Frente Sindicalista revolucionario) que conectará con el FNAL, fundado en 1968 por Manuel Hedilla, el Jefe legítimo de Falange y que había sido encarcelado en 1937 por oponerse a la desaparición de la Falange de José Antonio. FSR y FNAL serán los dos principales grupos joseantonianos que conseguirán fusionarse tras la caída del franquismo y formar la Falange Auténtica, cuyo objetivo fundamental era continuar la labor doctrinal que fue interrumpida violentamente en 1937. En 1976 es elegido en Alicante, en el aniversario del 20 de noviembre por el recuerdo de José Antonio, III Jefe Nacional de la Falange Auténtica.

Estos años han coincidido de un lado con los problemas internos que han tenido los distintos grupos joseantonianos que, por desgracia, no han conseguido llegar a la fusión definitiva. En ellos, Narciso Perales ha tratado de defender a través de su proyecto político: la Falange Auténtica, la vigencia de la doctrina de José Antonio. Por otro lado, la supuesta liberación del franquismo no nos ha conducido a una liberación social, moral, nacional, etcétera... que debería haber ocurrido si de verdad existiera una democracia profunda.



DIONISIO Y LA FALANGE

por NARCISO PERALES

En el plan de los editores de este libro, el capítulo que debo escribir correspondía a Patricio González de Canales. Durante algún tiempo, allá por la década de los cuarenta, muchos falangistas, físicamente distantes, confundían a Dionisio con Patricio y Narciso, no sólo por la parecida fonética de los nombres, sino también por la similitud de nuestra posición política. Ahora que ha muerto también Patricio, después de una larga, penosa enfermedad, que soportó, como Dionisio soportó la suya, con entera resignación, al tomar su relevo, no lo haré sin recordar su falta de malicia y su increíble sensibilidad para los males ajenos.

Creo que fue durante una brevísima estancia en Salamanca, a principios de 1937, cuando tuve las primeras noticias de Dionisio, del que hasta entonces no había oído hablar a nadie. Nombrado jefe provincial de Valladolid por la Junta de Mando, a propuesta de Girón —que debió conocerle en alguna de sus visitas de propaganda y arengas a los combatientes del Alto de los Leones, hechas desde Segovia—, había sido muy bien acogido por los camaradas vallisoletanos. Todos lo elogiaban, con rara unanimidad, como un verdadero descubrimiento, sobre todo Girón, que me invitó a ir a Valladolid para presentármelo. Nos reunimos en el «Cantábrico», un café entonces moderno, pero ya desaparecido,

NARCISO PERALES

lugar predilecto de las tertulias falangistas. Me impresionó muy favorablemente. Poco mayor que yo, menudo, vivaz, hablaba con entusiasmo, pero tranquila y razonablemente. Tenía un evidente encanto personal que atraía a sus interlocutores y que me atrajo a mí. Ya había estado en Valladolid desde el 18 de febrero de 1936 al 11 de julio de aquel año, permaneciendo en la cárcel unos dos meses y medio, por orden gubernativa, es decir, sin ninguna intervención judicial, como fruto de tres detenciones diferentes, pero estuve también encargado de la Jefatura Provincial de Falange unos dos meses y había hecho el censo de los afiliados que sólo en la capital, que debería tener por aquel tiempo unos cuarenta mil habitantes, rebasaban los mil doscientos. En aquellos meses y singularmente en la cárcel, en la que llegamos a estar un centenar, tuvo ocasión de conocer muy bien a los camaradas de Valladolid y sabía del notable crecimiento de su número a expensas de la JAP y de la CEDA —organizaciones democristianas de la época— después de la derrota electoral del 16 de febrero. Los nuevos afiliados constituían una importante ayuda, pero también un pesado lastre que habrá que diferir y asimilar. Cosa difícil de lograr en aquellas circunstancias. Además tenía el temor de las presiones del ambiente que operaban en la misma dirección, favoreciendo las desviaciones derechistas.

La guerra civil es siempre un factor práctico de unificación del pensamiento, en tanto que divide a un pueblo en amigos y enemigos, es decir, en dos bandos sin que quepan más que distinciones difíciles de mantener dentro de cada uno de ellos. Estas distinciones se producen solamente en la medida en que pueden acentuarse las ideologías y exteriorizarse éstas con símbolos, consignas y actuaciones autónomas, siempre dificultosas y especialmente en el bando nacional, donde todo lo simbólico se había generalizado.

DIONISIO Y LA FALANGE

Dionisio coincidía conmigo enteramente en estos temores. Pronto me invitó a que le expusiera mis opiniones sobre lo que debía ser la revolución falangista; invitación que acepté muy complacido. Mucho más cuando creía que, definitivamente ausente José Antonio, sólo la preparación de los jefes —la minoría, de la minoría inasequible al desaliento— podría salvar a la Falange, teniendo en cuenta nuestra disciplina interna, acentuada formalmente durante la guerra. En todo caso, la inversa, la impreparación de los jefes o el nombramiento para serlo de personas sin preparación teórica, ni modo de ser falangista, contra lo que nos había prevenido José Antonio, sería la deformación definitiva, precisamente por esta disciplina que se revelaba como nuestro tendón de Aquiles.

Me oyó con gran atención. De vez en cuando me interrumpía para preguntarme alguna cosa a la que le contestaba en seguida, pareciéndome que lo hacía para confirmar nuestras coincidencias. Finalmente terminó. Entonces me sorprendió diciéndome, poco más o menos: «¿Sabes lo que te digo?» «No —contesté—, dílo.» «Pues que tú eres comunista», me replicó. Me quedé consternado. Me lo había dicho sin tono acusatorio, cariñosamente, como queriéndome corregir de mis errores. ¿Sería posible que un hombre como aquél pudiera pensar así? Reflexioné de prisa. Quizá Girón no le había hablado suficientemente de mí, e inmediatamente empecé a contarle mi historia de teórico y de activista, pareciéndome que esto autorizaría especialmente mi argumentación. Luego le increpé: «Lo que pasa, Dionisio, es que tú no eres falangista. Tú eres sólo —le dije, para forzar la discusión— un anticomunista, esto es, un reaccionario. Pero nosotros somos —le dije aproximadamente— la revolución verdadera, la que los comunistas no han sabido o no han querido hacer y que debe hacerse, salvando lo que puede salvarse, que es poco, de la vieja sociedad. No nos mo-

vemos en el plano del enfrentamiento, sino en el de la rivalidad revolucionaria, y si estamos en el movimiento nacional es porque donde ellos ponen la planta no hay camino de vuelta. Además —concluí— no queremos ser una colonia rusa.»

Yo no podía creer que Dionisio fuera un reaccionario. Me parecía simplemente que no estaba preparado. Así que había que prepararlo. Sin parar, le cité frases enteras de José Antonio que me sabía de memoria y añadí a continuación todos los argumentos que me vinieron a la mente. Creo que cité a Panait Istrati que me había impresionado mucho y, no recuerdo bien, si a Marx, Lenin, Trotsky y otros que me había estudiado, como estudié la anatomía. Reviví delante de él mis viejas discusiones con los comunistas y anarquistas de Sevilla, le hablé de Juanito Orellana, candidato a diputado comunista, que vino de mi mano a la Falange (y fue, según supe después, torturado y asesinado en la checa de la calle Serrano como Manuel Mateo, el líder de los Sindicatos falangistas y buen amigo mío, y Matorras, también antiguos comunistas). Me parecía vital que aquel hombre fuera un falangista bien formado y no sólo fervoroso. Hablamos horas. Al final, estábamos de acuerdo.

¿Estábamos de acuerdo? Hace poco más o menos un año, le recordaba yo esta anécdota ante un pequeño grupo de amigos y él, confirmándola, me contestó: «Pero ésa era tu Falange, no la de los demás falangistas.» Conclusión obtenida a posteriori, porque muchos falangistas pensaban así por entonces y él mismo probó largamente con sus obras y con sus palabras, que aquélla era también la Falange suya.

Pasó mucho tiempo sin que volviera a ver a Dionisio. Pero en marzo siguiente, supe de una de sus intervenciones probatorias. En efecto, como la autoridad competente había prohibido la difusión de un discurso de José Antonio profundamente anticapitalista, Dionisio ocupó

militarmente la emisora de Valladolid y algunos puntos claves de las calles, leyendo por la radio y distribuyendo ampliamente el citado discurso. A consecuencia de ello fue detenido con otros camaradas, instruyéndoseles un proceso sumarísimo. La presión de los falangistas en las calles de Valladolid y de la Junta de mandos en Salamanca, tuvo como consecuencia que fuera sobreseído el sumario y puestos en libertad después de cuarenta y ocho horas de detención en la Academia de Caballería.

En abril de 1937 se iban a producir sucesivamente tres hechos importantes para la Falange; la destitución de Manuel Hedilla como jefe de la Junta de Mando y su posterior designación como jefe nacional, el trágico enfrentamiento del hotel Novelty de Salamanca, que ocurrió en el entretanto y que costó la vida a Goya, antiguo camarada de Santander, y del camarada Peral, antiguo directivo de la Juventud Socialista de Sevilla, de la que creó que fue presidente, y, finalmente, la unificación decretada por Franco. Dionisio, que contaba ya con un prestigio indiscutible, intervino de alguna manera en los acontecimientos. En efecto, él figuraba entre los consejeros nacionales que proyectaba designar Hedilla y al mismo tiempo como miembro de la Nueva Junta política al lado del camarada Juan Yagüe y de Pilar Primo de Rivera. El día 25 de abril, fecha de la detención de Hedilla, estaba junto a él, y cuando se produjo, se trasladó al Cuartel General donde logró entrevistarse con Franco, y ante él que hizo las más firmes protestas, tanto por la detención del recién nombrado jefe nacional como por la forma en que se había hecho la Unificación. Creía él, y así nos lo contó más tarde, que le salvó de ser detenido en aquella ocasión la intervención del general Monasterio, recién nombrado entonces jefe nacional de las Milicias Unificadas. Evidentemente, en aquella ocasión, encarnó, con indiscutible gallardía, la rabia, la confusión y la tristeza

de todos los falangistas. Tenía Dionisio entonces veinticinco años.

Poco después fueron detenidos otros falangistas prominentes a los que se acusaba de hacer propaganda negativa y de descrédito de la gestión y de la persona de Franco para «obligarle a resignar los poderes que habrían de pasar a un adicto incondicional de la Falange», como decía el auto de procesamiento. El 5 de junio siguiente tuvo lugar el Consejo de Guerra en el que se incluían todos, que condenó a dos penas de muerte a Manuel Hedilla, a una a Félix López, a Lamberto de los Santos y al capitán José Chamorro, a cadena perpetua a Félix López y Angel Alcázar de Velasco, a veinte años de reclusión a Ricardo Nieto, a diez a José Rodiles y Angel Inaranza y, finalmente, a dos años de prisión correccional a un falangista desconocido que había de tener después un lamentable papel, José Luis Arrese. No eran los primeros falangistas detenidos, ni iban a ser los últimos. Ahora bien, la cárcel era un riesgo que había que correr y, en su caso, aceptar. De modo que no impresionaba demasiado a los falangistas. Conmutadas las penas de muerte por la inferior inmediata, la relativa tranquilidad de los falangistas se restableció. Más grave era la confusión en que estábamos todos por la falta de dirección y la imposibilidad de discusiones públicas y, consiguientemente, la formación de multitud de grupos y capillas.

Constituido el nuevo Secretariado Político de FET y de la JONS —a la que muchos llamábamos Falange Española Tradicionalista, de las Jons y de los Grandes Expresos Europeos por aquello de su desnaturalización, la extraña mezcolanza de sus ingredientes y la longitud de su nombre—, que se instaló en el Palacio Trilingüe de Salamanca, se organizó casi espontáneamente una especie de mando falangista en la casa de Pilar Primo de Rivera, situada en un modesto piso de la plazuela de San Julián. Allí iban constantemente Agustín Aznar y otros,

así como todos los falangistas de provincias que desempeñaran algún cargo o misión. En este lugar tuve la ocasión de encontrar a Dionisio de nuevo en las dos ocasiones en que estuve en Salamanca. Por él supe de las gestiones que se llevaban a cabo por su mediación con el Cuartel General representado por Ramón Serrano Suñer. En el curso de estas gestiones, Dionisio llegó a reconocer en él valores positivos, si bien, como nos ocurría a todos, continuaba teniendo una gran desconfianza en él por su procedencia cedista y por su parentesco con Franco y la confianza que éste le concedía.

En octubre de 1937 llegaba Raimundo Fernández Cuesta a la zona nacional como consecuencia de un canje de presos. La llegada de Raimundo constituyó un gran acontecimiento para los falangistas. Esperábamos de él la voz de mando que nos uniera a todos. Su prestigio indiscutido se debía principalmente a su cargo de secretario general con José Antonio. No es ésta ocasión de examinar las causas que iban a promover después la volatilización de nuestras esperanzas. Dionisio, que acababa de ser nombrado consejero nacional y miembro de la Junta política del partido único, fue el primer orador de un acto público celebrado en Sevilla en el que Raimundo anunciaba un nuevo período para la Falange. Todavía estoy seguro de que una orden de Raimundo hubiera sido cumplida entonces sin vacilaciones por los falangistas, aunque fuera contraria a las órdenes del autonombrado jefe de la Falange Unificada. A esto se debió seguramente su designación de secretario general del Partido Único, que a nosotros nos pareció como un reconocimiento oficial de su antiguo nombramiento y como una promesa fiable de un cambio de rumbo.

En enero de 1938 se constituye el primer Gobierno de la España Nacional en el que, aparte de Ramón Serrano Suñer, que era también presidente de la Junta Política (sobre el que seguía pesando la desconfianza de los ca-

maradas), no había más que un falangista reconocido: Raimundo Fernández Cuesta, que además de secretario general fue designado ministro de Agricultura. Tampoco es ésta una oportunidad para hablar de lo que significaron en la práctica estos nombramientos. En este Gobierno, Dionisio fue designado jefe de Propaganda del Ministerio del Interior. Ganábamos así una importante posición para la Falange; pero él perdía una parte de su prestigio ante los falangistas de la primera línea que lo conocían mal. De otra parte —y él, como nosotros, se daría cuenta con el tiempo— obtuvo con su actuación el efecto paradójico de que al difundir nuestras consignas, nuestras aspiraciones ideales y nuestras terminologías favorecía la movilización popular falangista, pero camuflaba en proporción directa a su eficacia, lo que empezaba a ser una empresa muy vieja, la defensa de los intereses de los privilegiados. Claro es, que esto no era visible por entonces.

Dos batallas importantes fueron libradas —y perdidas— con el concurso de Dionisio. Estas iban a constituir una prueba rotunda del porvenir adverso. La primera fue la ordenación sindical. Se redactó un proyecto por Javier Conde, Joaquín Garrigues y Dionisio, al que se enfrentaba otro del entonces ministro de Acción Sindical, Pedro González Bueno, caracterizadamente reaccionario. El primero fue defendido en el Consejo de Ministros por Raimundo sin ningún éxito, prevaleciendo en la práctica el de González Bueno. Como una compensación se redactó el Fuero del Trabajo, que resultó ser una simple «declaración de principios», doctrinalmente más que discutible. Por entonces se publicaron unas declaraciones de Fernández Cuesta en las que se decía, más o menos, que el Estado Nacional Sindicalista se caracterizaría por la organización de la economía por medio de los Sindicatos, pero que éstos no tendrían la soberanía nacional ni el Estado se basaría exclusivamente en ellos. Menos

mal, pensábamos, que nadie daba importancia a estas declaraciones. En la vanguardia, la guerra absorbía todas las inquietudes. En la retaguardia, ya se veía claro que eran precisas todas las maniobras para sobrevivir como organización y si Raimundo lo decía... es que era conveniente decirlo. Todo quedaba en rigor aplazado para después de la victoria.

La segunda batalla fue la discusión de un proyecto de reorganización de FET y de las JONS que apoyó Dionisio en la Junta Política. Según mis referencias de la época, se discutió principalmente la posición del Partido en relación con el Gobierno. Sostuvo Dionisio que, siendo el Partido anterior al Gobierno, debería estar situado por encima de él, correspondiéndole la inspiración política del mismo, mientras al Gobierno le correspondería la administración. No se trataba de una imitación de lo que ocurría y sigue ocurriendo en Rusia, sino más bien, digamos, un expediente de urgencia inspirado en las palabras de José Antonio a aquéllos que nos reprochaban la falta de personas capacitadas para gobernar. José Antonio había dicho aproximadamente (hablo de memoria): los técnicos en administración son expertos individuales fáciles de reclutar. Lo que importa es tener claras en la cabeza las ideas de lo que hay que hacer.

La oposición fue encabezada por Sainz Rodríguez, ministro de Educación Nacional y hombre fuerte de la derecha. La discusión se convirtió en un amplio debate político en el que intervinieron varios de los miembros de la Junta, formada por seis ministros y seis dirigentes del Partido. En el apoyo a Dionisio se distinguió Fernando González Velez, médico rural de Santa Marina, de León, hombre rudo, pero de palabra fácil, que se enfrentó duramente con Sainz Rodríguez. Según me refirieron, éste llegó a decir: «De modo que los obreros deben estar por encima de mis electores de Santander». «Naturalmente que sí», le contestó Velez. «Pero, eso es la revolución»,

dijo don Pedro. «Pues de eso se trata», afirmó Dionisio. Finalmente, Sainz Rodríguez encontró el argumento decisivo. «En todo caso, lo que ustedes pretenden es una prueba de desconfianza en el Gobierno.» Esto decidió a Franco, que intervino: «Más que desconfianza hacia el Gobierno, es desconfianza hacia mí.» Dionisio se levantó de su asiento, hubo un instante de violencia y después unas palabras conciliadoras de Franco... y el triunfo de la tesis de Sainz Rodríguez. El proyecto no pasó de ahí. Meses después se produjeron algunas derivaciones de este enfrentamiento; Velez y Aznar, que se marcharon al frente, fueron detenidos bajo la acusación de haber proyectado determinadas acciones y realizar no sé qué acciones conspiratorias, siendo trasladado Velez primero a la cárcel de Logroño, donde estaba yo encargado de reorganizar la Falange, y después a lugar más seguro, en el Penal del Puerto de Santa María. Aznar, creo que fue conducido a la cárcel de Palencia y, más tarde, al Penal del Dueso en Santander, en el que quise visitarle en vano. Se me informó por el propio Raimundo que yo también estuve a punto de ser detenido —no sé en realidad por qué—, pero que me había salvado la intervención de Sancho Dávila.

Los acontecimientos me decidieron a abandonar la actividad política, cuyo rumbo ulterior me parecía claro, y reincorporarme de nuevo a las milicias, continuando, ya destinado en Sanidad Militar al acabar la guerra como oficial médico asimilado, hasta bien entrado el año de 1941. No obstante, estando destinado en el Hospital Militar de Guadalajara, en noviembre de 1939, fui conducido a la Dirección General de Seguridad para ser interrogado sobre mi supuesta pertenencia a un triunvirato de la Falange auténtica, que desgraciadamente no tuvimos ocasión de organizar. En el mes de julio de ese año, mientras estaba con permiso en Madrid para hacer unas oposiciones, tuve ocasión de oír desde la calle las palabras

de Ramón Serrano Suñer pronunciadas con ocasión de la declaración de guerra de Alemania a Rusia: «Rusia es culpable.» Hablaba desde el balcón de Secretaría General. Entré en el edificio, subí a la Delegación Nacional de Sanidad, que desempeñaba Agustín Aznar, ya rehabilitado, y me inscribí como voluntario. También fue voluntario Dionisio. Recién nombrados nuevos ministros, caracterizados como falangistas, nos parecía que era una nueva ocasión de forcejeo en mejores condiciones. Dionisio tuvo más suerte que yo, o así me lo pareció entonces, porque fui requerido por Aznar y Luna a abandonar mi propósito e incorporarme a una tarea de responsabilidad política. Se trataba de rescatar la Falange, se me dijo, a través de las Jefaturas provinciales. Días más tarde y para disipar mis dudas, me entrevisté con Ramón Serrano en La Granja, donde veraneaba entonces. Mi entrevista duró casi ocho horas. Llegué a la conclusión de que estaba sinceramente decidido a apoyar a Falange. Finalmente acepté, y el 31 de julio era designado Jefe Provincial de León y también Gobernador Civil. Meses después, estaba claro que nuestros propósitos eran vanos. Y al regreso de Dionisio de la División Azul, hablé con él largamente en Torrelodones, lugar que había escogido para convalecer de una afección pulmonar. Encontré en él una actitud desanimada. No le oí ninguna afirmación optimista en ninguno de los temas que abordamos.

A finales de agosto siguiente se iba a producir el «incidente de Begonia», que no es ocasión de relatar aquí, pero que habrá que contar en alguna otra ocasión. Me tocó a mí por obra de las circunstancias y por mi propia voluntad, en la esfera política, la defensa de la vida de Juan Domínguez Muñoz, botones de una compañía de seguros en Sevilla antes de la guerra, falangista por mi mediación a fines de 1933, protagonista de aventuras increíbles y hombre de valor temerario. Mi gestión, que duró varios angustiosos días, fracasó, y se produjo el

fusilamiento de Juanito. Murió como cabía esperar, serenamente, después de dirigir la palabra a los soldados que habían de fusilarle, cantando el *Cara al Sol*. No pasó de la primera estrofa. La vida de Juanito era a mis ojos más que la vida de un camarada extraordinario. Era también la moral de la Falange. Si ésta aceptaba su muerte sin protesta —y esto iba a ocurrir porque no había ninguna posibilidad de hacer públicos los hechos— me pareció que había acabado para siempre, porque la Falange no era ya más que una posición moral, y en tanto que era eso, podría resurgir como fuerza política; pero si ni siquiera parecía ser eso... la Falange habría pasado a la historia.

Vi a Dionisio el penúltimo día de mis gestiones. Por entonces, él estaba fuera de Madrid, pero, alertado, había venido para el caso. Hablamos largamente. Dionisio, que había dejado ya la Dirección de Propaganda —creo que en el mes de mayo anterior— pertenecía aún al Consejo Nacional y la Junta Política y dirigía una revista —*Escorial*— que buscaba la apoyatura de los intelectuales a la Falange. Atravesaba una crisis, convencido de la inutilidad de todo esfuerzo para enderezar las cosas. Me dijo que hacía días que había enviado una carta a Ramón Serrano Suñer para que se la hiciera llegar a Franco, explicando su decisión. Le conté lo que ocurría y su probable desenlace. Su indignación era comparable a la mía. Dionisio no quiso venir a la reunión de Ministros falangistas y otros dirigentes, que yo promovía en el despacho de Arrese, para forzarlo a mantener una posición enérgica que evitara el desenlace previsto. La consideraba completamente inútil, pero delegó su representación en mí como había hecho Luna Meléndez. Tenía razón y yo lo había presumido. No había nada que hacer, pero no me resigné todavía. Hasta las cinco de la mañana estuve reunido después con Serrano Suñer en su casa, intentando convencerle de que hiciera una nueva gestión dis-

paratada para suspender el fusilamiento a última hora. Si se suspende, pensaba, no se realiza. A esta hora yo estaba plenamente convencido de que Serrano no podía hacer nada. Me marché al hotel y dormí tres horas. A las nueve de la mañana, comunicaba mi decisión de abandonar mis cargos a Galarza, Ministro de la Gobernación y amigo del General Varela, que estuvo en el otro bando y a pesar de esto me tenía en gran estimación. La entrevista fue muy curiosa. Fui a León, me despedí de todos sin recatar los hechos, que referí también a los dos generales (Pacheco, Gobernador Militar, y Redondo, Jefe del Tercio de la Guardia Civil), ambos buenos amigos míos. Mandé una nota al periódico local bastante expresiva y salí para Madrid. Mi despedida de los camaradas, con la presencia de los generales y del obispo Carmelo Ballester —al que también había contado los hechos— fue estimulante. Días después llegaba en un viaje triunfal el Jefe del Estado, siendo recibido con bastante frialdad y mucho desconcierto. Me contaron que hubo gritos de ¡Viva Yagüe!

Volví a Madrid y me reuní de nuevo con Dionisio. Comimos con un camarada en el que hasta entonces habíamos tenido mucha confianza y le invitamos a ayudarnos a organizar una Falange clandestina. Nos contestó que nos ayudaría «desde dentro». Recuerdo bien que Dionisio le dijo: «Ahora todos queréis ayudar desde dentro.» Marché a Linares a casa de mis padres. Cuando llegué, tenía en la puerta un policía de día y de noche. Fui informado después, estaba confinado.

Dionisio, que reprodujo la carta dirigida al Jefe Nacional, enviándola esta vez al Secretario General —por si Serrano no le daba el curso apetecido— también fue confinado. El 4 de septiembre había ya un nuevo Gobierno, Serrano Suñer había cesado.

Confinados en distintos lugares, pasaron unos dos años hasta nuestra siguiente entrevista. Proyectaba Dio-

nisio su viaje de bodas y le convencí de que variara su itinerario, pasando por Palma de Mallorca, donde estaba Hedilla confinado, después de su salida de la cárcel. Como, dada su amistad con Serrano, podría despertar la suspicacia de Manuel Hedilla (teniendo en cuenta la interpretación equivocada que hacía de la actuación de Serrano en su caso) le pedí a Ricardo Nieto, que fue encarcelado con él y que había salido del presidio después de tres años, una carta de presentación y respaldo, que con gusto le dio. Tratábamos de recabar su colaboración, que hubiera sido útil. Poco después, éramos confinados de nuevo los dos.

En los dos confinamientos, mal comunicados, no podíamos pensar en una acción coordinada, pero ambos trabajábamos por nuestra cuenta. En contacto con los mineros de Linares, descubría yo la Medicina del Trabajo a la que iba a dedicar después la mejor parte de mi actividad profesional. Pero no renunciemos a nuestra tarea política específica y a mi regreso a Madrid (1945) proponía la constitución de una «alianza sindicalista», para lo cual celebramos una reunión demasiado numerosa en un ambulatorio del Puente de Vallecas. Dionisio estaba en Cataluña. Un nuevo intento de confinamiento no prosperó, porque quien lo planteó —un Jerarca Fetejonsista— utilizó el intento como parte de una maniobra política en beneficio propio, que no prosperó.

Mucho después, volví a ver a Dionisio, de vuelta de su permanencia en Italia como corresponsal de Prensa. Empezaba a pensar de otra manera. No obstante, todavía en 1955 había de exponer una tesis bastante coincidente con la nuestra en la conferencia que pronunció en el Ateneo de Barcelona en 1955, que fue organizada por la Hermandad de Excombatientes de la División Azul. Se inició contra él un proceso que luego quedó en nada, pero las tribunas públicas se le iban a cerrar en adelante.

Aquí podríamos considerar cerrado el ciclo falangista

DIONISIO Y LA FALANGE

de Dionisio. Su itinerario íntimo lo describe él mismo en el prólogo de su libro *Escrito en España*, editado por dos veces en Buenos Aires, en 1962 y 1964, que es uno de los pocos libros serios que se han publicado sobre los problemas españoles del pasado próximo y del inmediato futuro que ya empieza a ser presente. Unas ideas muy claras, la síntesis entre los valores nacionales y tradicionales y los valores sociales y revolucionarios le llevaron a inscribirse en la Falange. No tuvo ocasión de contrastar estas ideas en Segovia, donde vivía entonces, más que en algunas polémicas con sus amigos derechistas, que, sin que él nos lo diga, estoy seguro de que supo ganar. Conoció a José Antonio fuera de los círculos falangistas, le impresionó mucho, lo admiró sin condiciones y lo tomó como modelo y nunca dejó de admirarle hasta su muerte, como él confiesa, «aunque muchos de sus pensamientos me parezcan hoy inmaduros y otros contradictorios y equivocados», como dice en su citado prólogo, olvidando que quien evolucionó tanto desde el discurso del 29 de octubre de 1933 (en el que incluía algunos conceptos reaccionarios que fueron mal acogidos por una pequeña parte de los que figurábamos en la Falange primitiva) hasta sus palabras y escritos de 1935 y 1936, totalmente revolucionarios, mal habría formulado por entonces sus pensamientos definitivamente. En realidad, la atracción que ejerció José Antonio sobre Dionisio se debió principalmente a que encontró en él el espíritu crítico y la duda. Así dice «en verdad José Antonio no tenía aquella seguridad histriónica de los jefes fascistas —e incluso no fascistas— y parecía estar en actitud crítica frente a sí mismo, buscando lo que no acababa de encontrar» (el subrayado es mío).

El viento de la guerra inevitable y sus propias y excepcionales condiciones, que no su voluntad, hicieron de él un Jefe falangista. Hombre de recta conciencia, se preparó para desempeñar más que decorosamente su papel

NARCISO PERALES

y sirvió lealmente su causa, poniendo a su servicio sus extraordinarias dotes de orador, escritor y político. Pero nunca llegó a ser un doctrinario. Le faltaron las vivencias que en José Antonio actuaron a través de su exquisita sensibilidad, y mucho más modestamente en gran parte de los viejos falangistas, por el contacto directo con los problemas sociales, que fueron, en la etapa anterior a la guerra, el móvil decisivo para el hallazgo de las soluciones revolucionarias que exigía la trágica visión de «la España corrompida por la injusticia». Pero esto no le impidió servir fervorosamente a estas soluciones.

Dionisio, como todos los verdaderos falangistas, cayó en la trampa de la guerra. Muchos, los mejores, murieron en ella. Otros —y uno de los primeros, él— nos encontramos durante algún tiempo entregados a un forcejeo inútil dadas las circunstancias, en el que desde el principio llevábamos las de perder y perdimos. Todos estuvimos expuestos a la tentación sansoniana, para emplear una de sus más expresivas palabras, y, si no caímos en ella, fue —y él lo sabía muy bien— por nuestro ingenuo patriotismo y nuestra infatigable esperanza, aprovechados por otros. Acabada la guerra y consolidado por la victoria y los amontecimientos posteriores el Gobierno de uno solo, y no precisamente de los nuestros, la Falange asistió impotente a su propia disolución interna y a la vez —como nos había prevenido José Antonio el 24 de junio de 1936— a la reinstauración «de una mediocridad burguesa conservadora (de la que España ha conocido tan largas muestras) orlada para mayor escarnio con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules».

Hicimos lo que pudimos por salvar a la Falange escarnecida y expropiada de sus símbolos y de sus héroes. Y pudimos muy poco. Muchos de los falangistas conocidos estuvimos sometidos a una doble prueba: la persecución o el soborno. La mayoría resistimos. Algunos ca-

veron de buena fe y otros, calculadoramente, en la teoría del bien-posible que tanto habíamos reprochado a los bienpensantes, y con su continuada presencia aumentaron más la confusión. La mayoría, desorientada, se desmovilizó políticamente ante la impotencia y el desencanto. Otros persistimos durante bastantes años, cada día con menos eficacia, y siempre debajo del carro.

Mucho tiempo después —esto que habría que escribirlo aparte con detalle—, cuando nos parecía que la Falange no podría quitarse de encima las culpas que no eran suyas, cuando la «revolución pendiente» se convirtió en un tópico risible, cuando se nos aparecía como imposible, al menos durante el mando de Franco, todo intento de deshacer un engaño tanto tiempo mantenido, se produjo la crisis más grave de Dionisio.

Como les ocurre siempre a los derrotados, no éramos capaces ya de distinguir en las causas de nuestro vencimiento, los que se debían a los poderes que monopolizaron la victoria, de nuestros propios errores juveniles, los defectos de la organización, el cambio del ambiente exterior o las supuestas deficiencias de una ideología que no se elaboró en la tranquilidad de los gabinetes de estudio o en la paz de las bibliotecas, sino a salto de mata, entre la persecución y la lucha y en escasamente tres años y por muy pocas personas, de las cuales las más notables, por no decir todas, desaparecieron trágicamente en acciones de guerra o ante el paredón de los fusilamientos, como habían desaparecido en las mismas circunstancias más del sesenta por ciento de los falangistas primitivos.

Dionisio, angustiosamente, se planteó el siguiente dilema sobre las actitudes posibles: «volver a la democracia, cantando humildemente el *mea culpa*, o decidirse por la revolución genuina, sin miramientos, era lo que le quedaba» y añade «demasiado liberal —por temperamento y reflexión— para lo segundo yo, honradamente, no podía

estar sino en lo primero». Quizá por el ambiente de la apacible falange segoviana de la anteguerra, por las agitadas circunstancias de la lucha política del 36 al 39 y por las derrotas de la paz, olvidada en ese momento que ya estábamos, en lo que él llama la revolución genuina, antes de que las peripecias de la historia nos colocara delante la fatalidad de la contienda, que José Antonio quiso evitar inútilmente (por incompreensión del otro bando) tan pronto como supo el fracaso del golpe de Estado, como se sabe públicamente ya, por los «borradores secretos» de José Antonio que dio a conocer Prieto; pero que nosotros conocimos en 1939 por el mismo sumario de la causa de Alicante (lo propuso a Martínez Barrios) conservado cuidadosamente oculto, por José María Mancisidor y tardíamente editado en 1963.

Pero, ¿había escogido finalmente Dionisio, impulsado por su carácter, el camino de la democracia parlamentaria y burguesa?, ¿sería verdad, como creía Heráclito, que el carácter es el destino del hombre? o ¿no era más cierto que, como pensaba Ortega, yo soy yo y mis circunstancias? En cualquier caso, ésa fue su honrada conclusión y repitiéndomela, precisamente el 5 de mayo de 1956 (lo recuerdo muy bien por otro acontecimiento que no hace al caso ahora), me propuso que me encargara de la organización de su Partido, que por entonces no existía más que en su cabeza, que llamaba Partido social de acción democrática. Pensaba él que no tenía las específicas aptitudes que requieren las tareas de organización, pero él creía poderla animar en cambio.

Le argumenté en defensa de la tesis revolucionaria, afirmando que era más coherente con nuestra ideología sostenida tanto tiempo, que la tesis de la democracia burguesa. Ciertamente admití —puesto que veníamos sosteniéndolo plenamente convencidos— de que lo peor es la dictadura capitalista, pero seguía pareciéndome que la democracia burguesa era incapaz de resolver los pro-

blemas españoles y sobre todo los de los trabajadores que deberían ser los nuestros (como acaso haya ocasión de comprobar en los próximos años). No le negaba la eficacia del artificio de la democracia parlamentaria que permite a la burguesía y a sus agentes dar la ilusión a un país de que se gobierna por sí mismo, mientras en realidad divide a los ciudadanos y los fuerza —dentro de las reglas que establece— a cooperar con el gobierno incluso desde la oposición, haciendo prácticamente imposible la revolución social necesaria. Un mecanismo similar, pero más puro, podría ser útil después del cambio, pero ¿podría serlo antes? Defendió él la evolución y de mi parte defendí la revolución, puesto que la evolución se extingue a la larga. Discutimos largamente y nos separamos aquel día sin llegar a un acuerdo. Pero esto no debilitó lo más mínimo nuestra amistad.

Poco después, sus conclusiones le habían lanzado a la actualidad política, porque él, a diferencia de los nuevos demócratas que ahora proliferan por todas partes, supo ser consecuente entonces, arrojó los peligros consiguientes, conoció la cárcel en dos ocasiones y sacrificó muchas de sus posibilidades como escritor y poeta. Y no se le oyó; no quiso oírle casi nadie. Y ahora, cuando le oírían las gentes, cuando al conjuro de su poética y conmovedora elocuencia y al encanto de su «gesto y su prosodia» hubiera arrastrado multitudes, desaparece. El hombre propone y Dios dispone. Y es, luego de su muerte, cuando alguien, con la frialdad de un entomólogo clasificando insectos, pero no sin cierta admiración contenida, lo cataloga como la oposición testimonial y héroe, con minúscula, de nuestro tiempo. No sin subrayar como significativo lo siguiente: «la audiencia real que tuvo entre los estudiantes, que luego con el paso del tiempo y la radicalización de éstos perdió», sin captar ni por un momento la realidad de aquella «audiencia», que uno no sabe si buscó en él experiencia, amparo o consejo;

pero sí está seguro de saber que no estaba formada por partidarios de sus tesis, aunque él defendiera gallardamente a los que le acompañaron en su primer encarcelamiento en una carta alegato de cincuenta y tres páginas, cuya copia conservo, que mandara en su tiempo a la Junta Política Fetejonsista. El ilustre entomólogo se equivoca después por segunda vez cuando afirma que «perdió toda la base juvenil (¡...!) y, sin ganar ninguna otra, optó (¡...!) por dirigir un partido de notables, menos aún, una *agrupación de profesores*, cuyos nombres se enuncia, olvidándose algunos, para atribuirles como motivación de su aproximación a Dionisio la mala conciencia y el lavado de culpas, cuando, por lo que conozco, no hay nada de eso, sino el retorno o el emplazamiento —en la verdadera posición política que correspondía ciertamente a cada uno de ellos y que esta vez estaba defendida y animada por las firmes convicciones, la resuelta voluntad y el sereno valor de Dionisio Rídruejo.